

# HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

## LA POESIA LIRICA MEXICANA

**G**RANDE es nuestra admiración por el pueblo mexicano y por su poesía y no sabríamos decir si por la belleza de su expresión poética fuimos hasta su alma o si por la dulzura y nobleza de su gente nos interesamos en su lírica.

La simpatía de que goza México entre los países de habla española es un hecho indiscutible, evidenciado por las continuas visitas de artistas y escritores, desde sus orígenes hasta hoy. En lejanos días coloniales iniciaron estos viajes Gutiérrez de Cetina, Salazar de Alarcón, Juan de la Cueva, Mateo Alemán, Bernardo de Balbuena; escritores que contribuyeron a dar brillo a la naciente literatura mexicana y que siguen viviendo en el recuerdo agradecido de los hijos del Anáhuac. Y hoy mismo el ideal de muchos escritores es ir a México, ver siquiera una vez a ese país admirable, de volcanes simbólicos, de trágicos silencios, de artistas complicados. Y España envía a Valle Inclán, a Benavente, a Blasco Ibáñez; Argentina a Ingenieros y a Palacios; Chile, a Gabriela Mistral; Perú, a José Santos Chocano; Colombia a Ricardo Arenales.

País de armonías y contrastes, México nos deslumbra con su paisaje y con sus hombres; de la esterilidad de los desiertos pasamos a la riqueza inaudita de sus valles; de la paz infinita de sus aldeas, al fragor de la revolución; de la fiesta de Semana Santa a la ronda de las carabinas; de los ranchitos que guardan los otates, los arados y los yugos a la Ciudad de los Palacios. La opinión general es que en el avance lento y seguro de los países de América hacia lo que hoy llamamos civilización, México se ha quedado a la zaga. La maquinaria no ha podido con-

quistarle; su indio defiende sus métodos primitivos de trabajo y logra salvarles de la mediocridad industrial contemporánea. Y, sin embargo, ningún país de América, ha ensayado jamás las actitudes radicales de la nación azteca. Su sociología es uno de los experimentos más osados del siglo XX; sus reformas civiles y educacionales no tienen precedentes; su posición ante las grandes potencias es única.

México es hoy un gran centro de actividades artísticas de vanguardia. Las teorías musicales del maestro Julián Carrillo despiertan un interés universal; Diego Ribera atrae hacia su patria los ojos de todos los pintores del mundo; Mariano Azuela explica el alma de la revolución mexicana en obras maestras que son traducidas al inglés, al francés y al alemán; Ramón López Velarde conquista la inmortalidad antes de los treinta años y muere a los treinta y tres, dejando en sus poemas la interpretación más fiel del pueblo mexicano.

La poesía lírica ha sido cultivada en México con más intensidad que los otros géneros literarios. La expresión poética es propia de su gente. En corridos llenos de intención, en romances de fuerte colorido, en chistes rimados, hemos adivinado la inquietud estética de sus hombres. Netzahualcoyotl nos dejó unos cuantos cantares en que se lamenta de la futilidad de las cosas; en 1585 había en México, según un certamen literario, más de 300 rimadores; y ya en el siglo XVII el *poeta* más grande de todo el continente sale de esa corte virreinal, Sor Juana Inés de la Cruz.

Si bien es cierto que de esos trescientos poetas coloniales muchos deben de haber sido sólo escarnio de las letras no lo es menos que el primero de ellos, Francisco de Terrazas, puede, por el valor genuino de su poesía, figurar orgullosamente en la primera página de todas las antologías mexicanas. No hay que defender su presencia en estas colecciones mencionando aquello de «punto de vista histórico» porque él es de esos poetas que no pierden con el tiempo ni con la moda. Fuera de un poema fragmentario sobre la conquista nos quedan de Terrazas tres sonetos de corte clásico perfecto. Y así como Arvers entra en la inmortalidad francesa con su célebre *Sonnet*, Francisco de Terrazas conquista la gloria con el suyo que comienza:

Dejad las hebras de oro ensortijado  
que el ánima me tienen enlazada,  
y volved a la nieve no pisada  
lo blanco de esas rosas matizado.

Dejad las perlas y el coral preciado  
de que esa boca está tan adornada;

y al cielo, de quien sois tan envidiada,  
volved los soles que le habéis robado.

La gracia y discreción, que muestra ha sido  
del gran saber del celestial maestro,  
volvédsele a la angélica natura;  
y todo aquesto así restituído,  
veréis que lo que os queda es propio vuestro:  
ser áspera, cruel, ingrata y dura.

De los pocos datos que nos quedan de Terrazas es de interés el siguiente que nos da Cervantes en su *Canto de Calíope*, libro sexto de la *Galatea* (1585): «Fué excelente poeta toscano, latino y castellano».

De Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695) habría mucho que decir si no fuera que don Ezequiel Chávez acaba de darnos en su *Ensayo de Psicología de S. J. I. d. l. C.* una explicación de la vida y de la obra de tan gran escritora. Por otra parte los jóvenes investigadores Ermilo Abreu Gómez y Dorothy Schons han ido tan lejos en la rebusca bibliográfica e histórica que muy poco queda por hacer. Grande como fué la popularidad de Sor Juana en los siglos XVII, XVIII y XIX puede afirmarse que hasta hoy no había habido eruditos competentes para emprender la gran tarea de hacer su biografía, clasificar y definir sus poemas. Para comprender la grandeza de la monja mexicana hay que formarse una idea clara de las grandes dificultades materiales, que tuvo que vencer en su carrera literaria y de las amarguras que estos obstáculos trajeron a su vida. Una afirmación, sí, queremos hacer, en forma concreta y precisa: Sor Juana es la poetisa más grande, no sólo de América, sino de toda la lengua castellana, superior a Santa Teresa y en mayor grado a la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda. Y en todo el horizonte literario hispanoamericano le concedemos el lugar más alto, al lado del nicaragüense Rubén Darío.

Descontando la *Respuesta a Sor Filotea*, las obras dramáticas, los villancicos y las odas, todo de positivo mérito, es en los sonetos donde Sor Juana alcanza su más justa grandeza. Definitiva expresión de sus pensamientos y sentimientos los *Sonetos* de Sor Juana se van ameritando con el tiempo hasta adquirir la nobleza y el precio de los viejos diamantes. Brevemente tocados de gongorismo esos sonetos nos revelan un alma compleja y atormentada que herida a veces por mundanas espinas las purifica hasta volverlas rosas. Lo que buscamos y no podemos definir en estos sonetos es el límite entre la pasión pura de la mujer de carne y la llama mística de amor viva. A veces con la retórica del llanto satisface un recelo; otras con una reflexión

cuerda mitiga el dolor de una pasión y por fin afianza su personalidad y su orgullo en ese famoso soneto que dice:

Al que ingrato me deja busco amante;  
al que amante me sigue, dejo ingrata;  
constante adoro a quien mi amor maltrata;  
maltrato a quien mi amor busca constante.

Al que trato de amor hallo diamante;  
y soy diamante al que de amor me trata;  
triunfante quiero ver al que me mata;  
y mato a quien me quiere ver triunfante.

Si a éste pago, padece mi deseo;  
si ruego a aquél, mi pundonor enojo;  
de entrambos modos infeliz me veo;

Pero yo, por mejor partido escojo  
de quien no quiero ser violento empleo  
que de quien no me quiere vil despojo.

El gongorismo encontró campo propicio en México; la teología en su complicada y sutil forma escolástica era favorito estudio de la mente colonial siempre dispuesta a los torneos de ingenio y sutileza. Por otra parte la erudición humanista y el profundo interés en los problemas de estilo y de lenguaje facilitaron el cultivo de las pirotecnias verbales y de los conceptuosos decires. En la segunda mitad del siglo XVII *Las Soledades*, *Las Canciones* y los *Sonetos* del inmortal cordobés hicieron más víctimas en México que los sonetos hechos al itálico modo. Don Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700) varón docto entre los mejores humanistas, traiciona su admiración por el autor del *Polifemo* hasta en los títulos de sus más doctos trabajos: *El Belerofonte matemático contra la Quimera Astrológica o Libra Astronómica y Filosofía u Oriental Planeta Evangélico—Epopéya Sacro-Panegírica*. En su *Triumpho parthénico* la influencia de Góngora se revela en una gran cantidad de citas. Miss Dorothy Schons ha hecho una comparación ceñida de la *Primavera Indiana* de Sigüenza y del *Panegírico al Duque de Lerma*. Ambos poemas constan de 79 estrofas y ambos están escritos en octavas. La similitud ideológica y verbal es tal que no deja lugar a dudas en la mente del lector. Así el *Panegírico* comienza:

Si arrebatado merecí algún día  
Tu dictamen, Euterpe, soberano,  
Bese al corvo marfil hoy desta mía  
Sonante lira tu divina mano,  
Emula de las trompas su armonía.

Y la *Primavera Indiana*:

Si merecí Calíope tu acento  
De divino furor mi mente inspira,  
Y en acorde compás da a mi instrumento,  
Que de marfil canoro, a trompa aspira,  
Tu dictamen:

Luego en el *Panegírico* leemos:

Oiga el canoro hueso de la fiera  
Pompa de sus orillas la corriente  
Del Ganges, cuya bárbara ribera  
Baño es supersticioso del Oriente;

Y en la *Primavera*:

Oyga del Septentrión la armoniosa  
Sonante Lyra mi armonioso canto  
Correspondiendo a su atención gloriosa  
Del clima austral el estrellado manto  
Alto desvelo pompa generosa.

La imitación de Góngora se limita a la parte externa del poema, transposiciones, vocabulario nuevo, metáforas, alusiones mitológicas, etc. Del espíritu refinadísimo del cordobés, del armonioso colorido de sus versos, de su ritmo clásico, dentro de lo complicado de la frase, de su concisión con trariada a veces por su prolijidad, no sospechaban estos rimadores de ultramar. Sólo Sor Juana pudo acercársele en estos atributos y a veces sobrepasarle porque a la serenidad marmórea, al objetivismo impersonal del español unía ella su imaginación atormentada y su fuerte sensibilidad.

Hasta fines del siglo XVIII dura la plaga del gongorismo, ridiculez sin fin en los imitadores, lo que había sido en el maestro, según Dámaso Alonso, claridad meridiana. Sin embargo, en sus últimos días, va contrastada con la poesía suave y pura de los latinistas nacida bajo el influjo de la Escritura y de Virgilio. El padre Diego José Abad (1727-1779) escribe su *Heroica de Deo Carmina*; el padre Francisco Javier Alegre (1729-1788) su *Alexandriados* y el más importante de todos, Rafael Landívar su gran poema *Rusticatio Mexicana*, interpretación fiel y segura del paisaje americano, estéticamente superior a las *Silvas* de don Andrés Bello. Rafael Landívar (1731-1793) continúa la tradición de los primeros poetas coloniales y nos da en el libro primero de su *Rusticatio* una admirable descripción de los lagos de México. Preparado así el momento,

surge a fines del siglo el poeta más representativo de México, desde los días de Sor Juana, el eglógico Fray Manuel Navarrete (1768-1809) seguidor de Meléndez Valdés en los principios de su vida literaria, pero liberado luego en sus últimos poemas de local realismo.

La lucha por la independencia orienta a los mejores espíritus por caminos alejados de la expresión poética pura. Se oye la voz ronca y airada de los patriotas; muere la sátira violenta de los escritores populares; arde la polémica del *Pensador Mexicano*. Luego, bajo la influencia de Cienfuegos, Quintana y Gallegos, se forman los poetas nacionales, grandilocuentes y civiles, Francisco Ortega, Sánchez de Tagle, y Quintana Roo, cuya fogosidad estaría muy bien para levantar los ánimos de entonces, pero que hoy nuestra sensibilidad rechaza, como rechaza también la de sus ilustres maestros peninsulares.

Y llega la hora del romanticismo que halla su sitio predilecto en América, continente de aventuras, donde encuentran expresión todas las rebeldías, donde tiene su cuna toda tristeza inmotivada. Paisaje y acontecimientos históricos favorecen el desarrollo de la nueva escuela. El primer romántico de lengua castellana, José María Heredia, busca en México consuelo a su vida atormentada; Rousseau y Chateaubriand llegan suavemente al alma mexicana, predispuesto a la soledad y a la melancolía; la lucha por la independencia despierta a la colectividad y al individuo y según Julio Jiménez Rueda «a principios del siglo XIX un poeta argentino residente en México, don Juan Antonio Miralla, traduce del inglés la *Elegía en el cementerio de una Aldea*, de Gray». He aquí entonces algunos de los antecedentes del romanticismo mexicano. Predisposición natural; momento histórico favorable; influencias extranjeras. Con el andar de los años se conocerá la obra de Lamartine, de Byron, de Scott, de Espronceda y de Zorrilla y surgirán poetas de inspiración religiosa como Manuel Carpio, autor de *La Cena de Baltasar*; José Joaquín Pesado (1801-1861) más conocido por sus *Salmos* que por sus magistrales sonetos *Sitios y escenas de Orizaba y Córdoba*, cuyo realismo descriptivo supera a todo lo que se ha hecho en México en este género, excepción hecha de los sonetos de Othón. ¿Cómo dejar de citar un soneto tan acabado como el que se titula *El Molino y llano de Escamela*?

Tibia en invierno, en el verano fría  
brota y corre la fuente: en su camino  
el puente pasa, toca la arquera,  
y mueve con sus ondas el molino:

espumosa desciende, y se desvía  
después, en curso claro y cristalino,  
copiando a trechos la enramada umbría  
y el cedro añoso y el gallardo pino.

Mírase aquí selvosa la montaña:  
allí el ganado ledo, que sesteá,  
parte en la cuesta y parte en la campaña.

Y en la tarde, al morir la luz febea,  
convida a descansar en la cabaña  
la campana sonora de la aldea.

Románticos por cierta exaltación lírica son éstos; románticos que luchan por decir algo nuevo, pero que desde el punto de vista de la forma son más clásicos que los poetas del siglo XVIII; ambos poetas se inspiran en las literaturas clásicas de Roma y de España, pero ya se observa en sus versos la gracia melancólica de las *Meditaciones* de Lamartine.

Los más conocidos representantes del romanticismo oficial son Fernando Calderón e Ignacio Rodríguez Galván. Calderón (1809-1845) es el temperamento impetuoso que deja vagar su afebrada imaginación por horizontes de tempestad y de tragedia. Imperfecto y desbocado, se deja llevar a veces por su entusiasmo lírico en absurda carrera de pesadilla. Cuando escribe en su *El Soldado de la Libertad*:

Vuela, vuela, corcel mío  
denodado;  
no abatan tu noble brío  
enemigos escuadrones,  
que el fuego de los cañones  
siempre altivo has despreciado;  
y mil veces  
has oído  
su estallido  
aterrador,  
como un canto  
de victoria,  
de tu gloria  
precursor....

sigue tan de cerca a Espronceda que no podemos menos de sentir que la liberación literaria está aún lejos de conseguirse en nuestras tierras. Si Calderón se inspiraba en motivos europeos Rodríguez Galván (1816-1842) en su corta vida de 26 años, sintió profundamente a su patria. En su mejor poema, *Profesía de Guatimoc*, se exaltan su melancolía y su patriotismo, lamenta su dolor y el dolor de su pueblo, en versos que, de no estar contaminados por las frases hechas del pseudoclasicismo y del romanticismo, serían de singular nobleza.

Pero el romanticismo no se logra en plenitud sino en los últimos románticos mexicanos. Ignacio Ramírez (1818-1879) radical y librepensador, indio altanero y demoleedor, fué el maestro de toda una juventud vibrante y viril, Su curiosidad intelectual y su cortante mordacidad le merecieron el sobrenombre de *El Nigromante*. Si su poesía ya no se lee su espíritu volteriano sigue inquietando a los intelectuales de su patria. Y llegamos al querido poeta Manuel Acuña (1849-1873) poeta entre los poetas. ¿Qué importa que ya su lirismo nos parezca a ratos declamador y grandilocuente? Los que nos hemos nutrido de modernismo y vanguardismo muy pocas veces somos justos con estos espíritus dilectos que se expresaron en lo que hoy llamamos «formas anticuadas». ¿No significa esto que asignamos más valor al vaso que al licor? La profunda emoción de Acuña ¿no basta a salvarle del olvido injusto a que quieren condenarle los modernos? Ese estudiante de medicina que nutrió su cerebro de téticas lecturas, que enloqueció de amores imposibles, que entró en la muerte por el camino de la pasión trágica, es acaso el más definido representante del romanticismo en América. Enfermo del mal del siglo, el cuervo de la desesperanza le devoró las entrañas, y el continente perdió con él una de las promesas más seguras de gran poeta que jamás haya tenido. Su dolor no fué un gesto, como en Espronceda, fué su expresión, su verdad. Su *Nocturno a Rosario*, nos conmovió en las lejanas horas de la niñez y nos conmueve todavía. En la hora de nuestra desnuda sinceridad, cuando Cocteau se nos hace difícil, Joyce incomprensible, Marinetti absurdo, Gómez de la Serna, clown sin gracia, no podríamos refrescar nuestro espíritu en el *Nocturno*? ¿Qué estrofa dirá mejor el anhelo virgen del enamorado que desea vivir con la mujer querida en un hogar dichoso, bajo la mirada protectora de la madre, que ésta del *Nocturno*?

¿Qué hermoso hubiera sido  
vivir bajo aquel techo,  
los dos unidos siempre  
y amándonos los dos;  
tú siempre enamorada,  
yo siempre satisfecho,  
los dos una sola alma,  
los dos un solo pecho,  
y en medio de nosotros  
mi madre como un Dios!

¿Y cuál expresará con más ternura y más dolor el fracaso de los sueños de amor, el adiós eterno a la mujer amada, que esta otra?

Esa era mi esperanza...  
mas ya que a sus fulgores  
se opone el hondo abismo  
que existe entre los dos,  
¡Adiós por la vez última,  
amor de mis amores;  
la luz de mis tinieblas,  
la esencia de mis flores;  
mi lira de poeta,  
mi juventud, adiós.



¿Cuántos enamorados no habrán escrito esta estrofa entre lágrimas, al fin de una carta terrible como la muerte? ¿Cuántas mujeres bellas y sensibles no habrán estrujado entre sus dedos, desmelenadas y locas, tales versos? Toda la juventud de un continente los ha leído, los ha escrito, los ha sentido en el honor del pecho. Y al leerlos ha recordado el rostro pálido, los grandes ojos tristes, la melena rebelde, del malogrado poeta mexicano. El *Nocturno a Rosario* es uno de los cuatro poemas más leídos en América, junto al *Nocturno* de Silva, *La oración por todos* de don Andrés Bello y *La Sonatina* de Rubén Darío.

Hace ya muchos años una famosa casa editora de Barcelona publicaba unas colecciones de versos en cuya portada aparecía siempre una señora muy gorda—una musa al pensar de los editores—, con una corona de laurel y una banderita hispano-americana. Esta señora metidita en carnes adquiría alarmantes proporciones en los libros de un poeta mexicano de mucho nombre por aquel entonces, Manuel M. Flores. Sus versos ostentaban el incendiario nombre de *Pasionarias* y la señora de la portada era el mejor símbolo del libro. Desenfrenado tropicalismo, erupciones eróticas, actitudes de un donjuanismo peligroso para las jóvenes de ese tiempo. Don Manuel Flores (1840-1885) ardió violentamente y violentamente se apagó. Hoy apenas si queda su recuerdo.

Juan de Dios Peza (1852-1910) fué tierno y amable. ¿Por qué al hablar de él vienen a la mente los nombres de Víctor Hugo y de Longfellow? Otra vez el recuerdo emocionado viene a perturbar nuestra imparcialidad crítica, como en el caso de Acuña. Porque los que hemos leído en nuestra infancia sus versos infantiles guardamos en nuestro corazón un profundo afecto por el autor de *Cantos del hogar*. Su poema *Fusiles y muñecas* es una pequeña obra maestra, en este género. El dolor que se expresaba en el romanticismo, en queja, maldición, grito y rebelión, empieza a matizarse en Juan de Dios Peza, anunciando esa suave melancolía tan profunda que flota en toda la poesía moderna, desde Gutiérrez Nájera hasta Neruo.

En efecto, su poema *En mi barrio* muestra, además del dolor real de su vida, de su dolor concreto, la melancolía de la palabra, de la frase y del ritmo:

Borró la lluvia los mil colores  
que hubo en su manto y en su dosel,  
y recordando tiempos mejores,  
guarda amarillas y secas flores  
de las verbenas del tiempo aquel...

pero luego se define esta íntima saudade y se siente de una manera mucho más intensa en estas líneas:

Vetusta casa, mansión desierta,  
mírame solo volviendo a ti...  
Arrodillado beso tu puerta,  
creyendo loco que aquella muerta  
adentro espera, pensando en mí.

En esto ya estamos cerca de *La serenata de Schubert y Mariposas*, de Gutiérrez Nájera. A veces también nos deja Peza la estrofa lapidaria, perennemente articulada, don favorito de los poetas modernistas:

La vida pasa y el mundo rueda,  
y siempre hay algo que se nos queda  
de tanto y tanto que se nos va.

Guillermo Prieto (1818-1897) es de inspiración romántica y popular. Ama las leyendas misteriosas, nocturnas, con ánimas en pena y negros bultos, y se expresa a la manera del Duque de Rivas y de Zorrilla. Sus romances populares, lo mejor de su obra, tienen ambiente mexicano, vigor, pero el prosaísmo les resta mérito. José Rosas Moreno (1838-1873) es por el contrario romántico puro, en lo que el romanticismo tiene de ensueño melancólico, saudade, ternura, dulzura patrarquista. Perteneció a la escuela de Rousseau, Chateaubriand, Lamartine; elegíacos de la naturaleza; poetas suaves e íntimos que hablan su expresión en obras como la *María* de Isaacs y el *Idilio* de Núñez de Arce.

No olvidamos a Vicente Riva Palacio (1832-1896) a Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) a Joaquín Arcadio Pagaza (1839-1919) a Luis G. Ortiz, (1835-1894) poetas de transición y verdaderamente clásicos los dos últimos. Al maestro Altamirano, guiador de toda una generación de escritores, habría que dedicarle capítulo aparte, para hacerle justicia.

Y con esto llegamos a los albores del Modernismo: poesía pura; fuga del motivo bastardo, moral, didáctica, religión, política. Teoría del arte por el arte. Preocupación de belleza. La poesía se depura y se ennoblece; adquiere valor intrínseco; suma y compendio de las artes. Asimila elementos arquitectónicos y escultóricos en lo que tiene de parnasiana, en lo que aprende del modo herediano, actitud novohelénica; se aprovecha del colorido de la pintura y surgen los pocos paisajistas de verdad que hemos tenido; aplica teorías musicales, gratas a Verlaine y a Darío. Se hace la fusión de las sensaciones y también su confusión. Se escriben los famosos sonetos a las vocales, con sus respectivos colores; se ensayan orquestas verdes, amarillas, y sinfonías en gris, en blanco, en rojo. Habría que sintetizar mucho para dar una idea de lo que es el modernismo en una página. Acaso el interés en el parnasianismo y en el simbolismo de Francia nos definan la actitud inicial, pero luego el camino a París se ramifica y lo que fuera galicismo se transforma milagrosamente en cosmopolitismo; lo que fuera parnasianismo en perfección natural; lo que fuera simbolismo en vaguedad y sutileza americanas. Esta actitud cosmopolita, de ensanche en el espacio y en el tiempo, nos explica el helenismo de Darío, el nordismo de Jaimes Freyre, el orientalismo de Valencia y Tablada, el prerrafaelismo de José Asunción Silva. El movimiento de liberación estética iniciado en la época romántica se continúa en el modernismo y se acelera.

Así como en política y sociología se pasa en rápida carrera por el liberalismo, el radicalismo, el socialismo, el comunismo, el anarquismo, en literatura se empieza con el romanticismo, se continúa con el realismo, el naturalismo, el modernismo y se termina con las escuelas de vanguardia. Y el desarrollo interno es paralelo. Se inicia la renovación con el triunfo de las fuerzas individuales, se exalta el interés en la vida y en la colectividad más tarde, luego una especie de delirio místico se apodera del individuo que por fin se abandona a una filosofía caótica, a una loca actividad destructora de valores establecidos, sin ofrecer soluciones, ni en la práctica ni en lo teórico. Las escuelas de vanguardia representan la anarquía y el caos. Nacidas en Europa, como producto de desorientación social, se propagan por América; epidemia fulminante que ha hecho más víctimas entre nosotros que entre los europeos. Y nuestros muertos ni siquiera merecen sepulcro en sagrado porque han muerto del vergonzoso mal de imitación. Con todo, el sol de América, admirable bactericida, hace florecer otra vez más robusto nuestro organismo poético.

Lejano precursor del modernismo en México fué Justo Sierra (1848-1912) director espiritual de tres generaciones de intelectuales mexicanos, renovador de la prosa, suavizador del verso, espíritu cultísimo y devoto admirador de las letras francesas. Su discípulo Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895) es uno de los poetas más admirables de América. Su pseudónimo predilecto *El Duque Job*, define su vida y su lirismo, Duque en lo refinado, en lo aristocrático, Job en el sufrimiento, en la angustia espiritual. Así fué su poesía, de una gran riqueza, de una prodigiosa suntuosidad, humanizada, empero, por la profundidad de su dolor. Variadísimas son sus actitudes espirituales: Optimista en *Non omnis Moriar*, frívolo y encantador en *La Duquesa Job*, cínico en *Para un menú*, suntuoso en *A la Corregidora*; pero donde Gutiérrez Nájera alcanza su plenitud es en el modo elegíaco de *La Serenata de Schubert* y en la actitud trascendental de *Mis enlutadas*, *Las almas huérfanas*, *Después...* En todos estos poemas revela un alma romántica, pero como su cultura era modernísima, y por lo tanto su expresión, le consideramos como el primer modernista de la lírica mexicana.

### MIS ENLUTADAS

Descienden taciturnas las tristezas  
 al fondo de mi alma,  
 y entumecidas, haraposas brujas,  
 con uñas negras  
 mi vida escarban.

De sangre es el color de sus pupilas,  
 de nieve son sus lágrimas,  
 Hondo pavor infunden... Yo las amo  
 por ser las solas  
 que me acompañan.

Aguárdolas ansioso, si el trabajo  
 de ellas me separa,  
 y búscolas en medio del bullicio,  
 y son constantes,  
 y nunca faltan.

En las fiestas, a ratos se me pierden,  
 o se ponen la máscara,  
 pero luego las hallo, y así dicen:  
 —¡Ven con nosotras!  
 —¡Vamos a casa!

Suelen dejarme cuando sonriendo  
 mis pobres esperanzas  
 como enfermitas, ya convalecientes,  
 salen alegres  
 a la ventana.

Corridas huyen, pero vuelven luego  
y por la puerta falsa  
están trayendo como nuevo huésped  
alguna triste  
lúvida hermana.

Abrese a recibirlas la infinita  
tiniebla de mi alma,  
y van prendiendo en ella mis recuerdos  
cual tristes cirios  
de cera pálida.

Entre esas luces, rígido, tendido,  
mi espíritu descansa,  
y las tristezas, revolando en torno,  
lenta salmodias  
rezan y cantan.

Escudriñan del húmedo aposento  
rincones y covachas,  
el escondrijo do guardé cuitado  
todas mis culpas,  
todas mis faltas.

y urgando mudas, como hambrientas lobas,  
las encuentran, las sacan,  
y volviendo a mi lecho mortuorio,  
me las enseñan  
y dicen: habla.

En lo profundo de mi ser bucean,  
pescadoras de lágrimas,  
y vuelven mudas con las negras conchas  
en donde brillan  
gotas heladas.

A veces me revuelvo contra ellas  
y las muerdo con rabia,  
como la niña desvalida y mártir  
muerde a la harpía  
que la maltrata.

Pero en seguida, viéndose impotente,  
mi cólera se aplaca,  
¡Qué culpa tienen, pobres hijas mías,  
si yo las hice  
con sangre y alma!

Venid, tristezas de pupila turbia,  
venid mis enlutadas,  
las que viajáis por la infinita sombra,  
donde está todo  
lo que se ama.

Vosotras no enga  ais: venid, tristezas,  
 ¡Oh, mis criaturas blancas  
 abandonadas por la madre impía,  
 tan embustera:  
 por la esperanza!

Venid y habladme de las cosas idas,  
 de las tumbas que callan,  
 de muertos buenos y de ingratos vivos...  
 Voy con vosotras,  
 vamos a casa.

Manuel José Othón (1858-1906) es el autor de los hoy ya famosos *Poemas rústicos*. Es uno de los poetas más correctos que ha producido el continente. Dentro del movimiento modernista es el poeta clásico; entre los clásicos es modernísimo por su realismo y lo ceñido de su frase. Es el cantor del campo, cantor rústico, no bucólico, no pastoril. Interpreta el drama de la naturaleza, como hombre vivo, no como poeta de escuela. La crítica mexicana ha contraído serria deuda con este alto poet y ya es tiempo de que alguien haga el estudio definitivo de su lirismo profundo y sereno. Además del colorido, además del ritmo, de la frase maciza y la rima certera, tiene su poesía una intensidad inaudita; es en sus sonetos donde se revela el supremo artista de la palabra:

#### OCASO

He aquí, pintor, tu espléndido paisaje:  
 un lago oscuro, ráfagas marinas  
 empapadas en tintas cremesinas  
 y en el azul profundo del celaje;

un tronco que columpia su ramaje  
 al soplo de las auras vespertinas,  
 y manchadas de verde las colinas  
 y de amarillo el fonde del bosque;

un peñasco de líquenes cubierto;  
 una faja de tierra iluminada  
 por el último rayo del sol muerto;

y, de la tarde al resplandor escaso,  
 una vela a lo lejos, anegada  
 en la divina calma del ocaso.

De Salvador Díaz Mirón (1853-1928) guardo el grato recuerdo de una entrevista en Veracruz, en 1922. Su frente de luchador estaba ya aureolada de gloria. A pesar de sus setenta años tenía todavía la juventud de los dioses. Esa fortaleza física man-

tenía intacto su vigor intelectual; abominaba de los poetas dularrones y recitaba a Byron en inglés. Como poeta empezó con un lirismo retórico, imitando a Byron y a Hugo; luego se hizo más complejo, más ceñido, más duro, al modo de Góngora. Toda su obra oscila entre el romanticismo y el simbolismo; fué un poeta viril, rudo casi, opuesto a toda sensiblería. No claudicó jamás como artista y por eso su obra—con excepción de sus poemas más dudosos—sigue siendo admirada por los mejores intelectuales de América. Varios de sus cantos podrían figurar en lugar de honor entre los mejores de nuestra lengua, por la altura de la concepción; por la forma perfecta; por la dureza espartana. He aquí un soneto representativo de sus modos iniciales:

A ELLA

Semejas esculpida en el más fino  
hielo de cumbre sonrojado al beso  
del Sol, y tienes ánimo travieso,  
y eres embriagadora como el vino.

Y mientes; no imitaste al peregrino  
que cruza un monte de penoso acceso,  
y párase a escuchar con embeleso  
un pájaro que canta en el camino.

Obrando tú como rapaz avieso,  
correspondiste con la trampa al trino,  
por ver mi pluma y torturarme preso.

No así el viandante que se vuelve a un pino  
y párase a escuchar con embeleso  
un pájaro que canta en el camino.

Una amistad tardía me unió íntimamente a Amado Nervo (1870-1919) el querido maestro que expresaba sus pensares en voz baja. La lección que se aprendía de él era el respeto al silencio, a la sinceridad, al recogimiento espiritual. Sensual en sus primeros cantos, místico después, Nervo es uno de los poetas más sinceros que hemos tenido. Le atrajo el misterio, lo suprasensible y en el misterio se perdió. No bastaría todo un libro para definir la suave personalidad de este hombre caviloso y profundo, que pasó por nuestro siglo como un iluminado, entre la incomprensión mundana de sus contemporáneos. El nombre de sus libros *Perlas negras*, *Las flores del camino*, *En voz baja*, *Serenidad*, *Elevación*, *El Arquero divino*, basta para adivinar la hechura de su escala espiritual. ¿Qué palabra podría describir la sutil melodía de este poema?

## TAN RUBIA ES LA NIÑA QUE...

¡Tan rubia es la niña, que  
cuando hay sol no se la ve!

Parece que se difunde  
en el rayo matinal,  
que con la luz se confunde  
su silueta de cristal  
tinta en rosas, y parece  
que en la claridad del día  
se desvanece  
la niña mía.

Si se asoma mi Damiana  
a la ventana y colora  
la aurora su tez lozana  
de albérchigo y terciopelo,  
no sabe si la aurora  
ha salido a la ventana  
antes que salir al cielo.

Damiana en el arrebol  
de la mañanita se  
diluye, y si sale el sol,  
por rubia, no se la ve!

¿Cuál la serenidad de su actitud, cuando en el otoño de su  
vida, hace su testamento espiritual?

## EN PAZ

Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, Vida,  
porque nunca me diste ni esperanza fallida  
ni trabajos injustos ni pena inmerecida;  
porque veo al final de mi rudo camino  
que yo fuí el arquitecto de mi propio destino;  
que si extraje las mieles o la hiel de las cosas  
fué porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas;  
cuando planté rosales coseché siempre rosas.

Cierto, a mis lozanías va a seguir el invierno;  
¡mas, tú no me dijiste que mayo fuese eterno!

Hallé sin duda largas las noches de mis penas;  
mas no me prometiste tú solo noches buenas,  
y en cambio tuve algunas santamente serenas....

Amé, fuí amado, el sol acarició mi faz.  
¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!

Enrique González Martínez (1871) integra el grupo de los cuatro poetas mayores del modernismo en México. Gutiérrez Nájera inicia el movimiento; Othón absorbe sus mejores elementos y los diluye en su clasicismo; Díaz Mirón lo depura de oropeles y lo hace más conceptuoso; González Martínez al tratar de darle fin con su famoso soneto *Tuércele el cuello al cisne* no hace sino prolongarlo por rutas nuevas. Abandona González Martínez lo que podríamos llamar «el vocabulario poético», estancado ya en los últimos modernistas, y ensaya temas nuevos que expresa en forma simbólica. Su lirismo es sereno, optimista, heroico, aun en el drama espiritual de nuestra época; profundamente mexicano, por lo tanto. Se le ha llamado «poeta filósofo» en enfática frase, lo que, según mi opinión, quiere decir: actitud meditativa, desdén de la espontaneidad creadora. De las cosas y de los seres le interesa más la esencia que las formas fugaces. En toda su poesía hay más variedad de actitud que renovación trascendental. El mismo lo ha comprendido así al escribir su hermoso soneto

#### MAÑANA DE LOS POETAS...

Mañana los poetas cantarán un divino verso que no logramos entonar los de hoy; nuevas constelaciones darán otro destino a sus almas inquietas con un nuevo temblor.

Mañana, los poetas seguirán su camino absortos en ignota y extraña floración, y al oír nuestro canto, con desdén repentino echarán a los vientos nuestra vieja ilusión.

Y será todo inútil, y todo será en vano; será el afán de siempre y el idéntico arcano y la misma tiniebla dentro del corazón.

Y ante la eterna sombra que surge y se retira, recogerán del polvo la abandonada lira y cantarán con ella nuestra misma canción.

Luis Urbina (1868) ha tenido el valor de permanecer siempre romántico. Discípulo de Gutiérrez Nájera y continuador de sus modos estéticos, de vez en cuando ha cultivado la técnica nueva, especialmente en sus sonetos. Pero, desencantado acaso, vuelve otra vez por su viejos caminos. Así expresa el dolor de la vida en forma magistral:

Amé, sufrí, gocé, sentí el divino soplo de la ilusión y la locura;

tuve una antorcha, la apagó el destino  
y me senté a llorar mi desventura  
a la sombra de un árbol del camino.

Hay que olvidar toda tendencia, toda escuela, para juzgar a Urbina. ¿Qué poeta ha burilado una joya más fina que este *Madrigal Romántico*?

Era un cautivo beso enamorado  
de una mano de nieve que tenía  
la apariencia de un lirio desmayado  
y el palpitar de un ave en agonía.  
Y sucedió que un día,  
aquella mano suave,  
de palidez de cirio,  
de languidez de lirio,  
de palpitar de ave,  
se acercó tanto a la prisión del beso,  
que ya no pudo más el pobre preso  
y se escapó; mas, con voluble giro,  
huyó la mano hasta el confín lejano,  
y el beso que volaba tras la mano,  
rompiendo el aire, se volvió suspiro.

Francisco de Icaza, el distinguido erudito mexicano que vivió en España buena parte de su vida, tuvo trato con las musas en forma discreta y digna. Icaza (1863-1925) empezó imitando a Rueda y a otros españoles de fin de siglo y luego se dejó llevar por las aguas mansas de nuestro romancero. De parecida inspiración es Rafael López (1875) aunque en él la influencia de Darío es manifiesta. Ardiente, opulento, impetuoso, es Efrén Rebolledo (1877-193.). Su erotismo crepita como un leño de hoguera. Sus sonetos le señalan como uno de los modernistas más representativos de su patria:

#### INSOMNIO

Jidé, clamo, y tu forma idolatrada  
no viene a poner fin a mi agonía;  
Jidé, imploro, durante la sombría  
noche y cuando despunta la alborada.

Te desea mi carne torturada,  
Jidé, Jidé, y recuerdo con porfía  
frescura de tus brazos de ambrosía  
y esencias de tu boca de granada.

Ven a aplacar las ansias de mi pecho,  
Jidé, Jidé, sin ti como un maldito  
me debato en la lumbre de mi lecho;

Jidé, sacia mi sed, amiga tierna,  
Jidé, Jidé, Jidé,  
y el vano grito  
rasga la noche lóbrega y eterna.

Manuel de la Parra (1878-1930) es otro romántico cuya poesía se salva por la modernidad de su forma. Espíritu delicadado y sentimental tiene sospechosos puntos de similitud con Amado Nervo. Al leer estos versos nos sentimos en contacto con el corazón desnudo de un poeta de verdad sencilla, en tono menor:

#### EL VIGIA

Grande paz interior, como una esencia  
delicada y sutil, como suave  
matiz, o como cántico de ave,  
se difunde y perfuma mi existencia.

Siento como si hallárame en presencia  
de hondo misterio, en un momento grave,  
solemne del espíritu: ¡Quién sabe  
que anunciación, que extraña floescencia!

Y ante el gris horizonte en donde arde,  
única estrella, una visión arcana,  
mi vida, al tramontar, deja que aguarde  
la aparición de mi remota hermana.

¡Quién sabe si al fin llegue por la tarde  
la que tanto esperé por la mañana!

Y nos aproximamos ahora al grupo de poetas novísimos, dignos continuadores de la obra de Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, Othón y Nervo. Algunos de ellos como Tablada, vienen de la generación anterior, pero ya liberados de la técnica forzosa del modernismo. Hay en este grupo grandes poetas, revolucionarios de la forma, como López Velarde, de inspiración tradicional española, como Alfonso Reyes, de orientación semi-popular como José Gorostizaga.

Habrá que empezar el estudio de la poesía contemporánea por un ligero análisis de los poemas de José Juan Tablada (1871) poeta alquitarado, perenne buscador de exotismos estéticos. Modernista desenfrenado en su juventud, vagó por los cuatro puntos cardinales en busca de motivos extraños con que sorprender la curiosidad de sus lectores. En los Goncourt, en Judith Gautier, en Baudelaire, en Verlaine, en el Japón legendario, se satisfizo su curiosidad intelectual. Más tarde, ya muerto el modernismo, Tablada estudia las tendencias francesas novísimas y nos revela a Cocteau, Apollinaire, pero guardando

siempre la concisión, la justeza, que había aprendido de la poesía oriental. Su estancia de más de doce años en Nueva York le ha dado a su verso cierta moderna agresividad; el anglicismo abunda en sus frases; imágenes de gracia corporal, física, saltan en sus estrofas. Por 1921 López Velarde es su poeta predilecto y en las estrofas de ese tiempo se intensifica su mexicanismo, aunque remotamente, objetivamente. En la lectura de *Zozobra* pasamos largos días, Tablada y yo, en Nueva York, y entonces comprendí que en lo exótico de *El Jarro de Flores* había mucho de actitud y que Tablada era tan mexicano como López Velarde. Olvidadas sus japerías entra en lo popular mexicano con toda ingenuidad:

No tengo el delirio vano  
de querer ser universal,  
ni siquiera continental,  
me basta ser poeta mexicano...

Su lirismo actual es sintético y pictórico, embrionario a veces, caricaturesco casi, metropolitano. Las figuras modernas al enfundar sus visiones antiguas adquieren cierto prestigio de pesadilla, macabro. Así le vemos en su poema inédito.

#### MUJER HECHA PEDAZOS

En la Morgue del ensueño  
pertinaz ilusión refrigera  
entre prismas de hielo,  
bocas pintadas,  
palabras pintadas,  
ojos azules,  
miradas celestiales,  
restos mortales  
de mujeres telescopiadas  
en catástrofes de recuerdos.

Hembra triangulizada  
más acá de la cuarta dimensión,  
entre un mañana y un ayer,  
y una múltiple intersección.

Sus pies trotamundos  
vislumbran mis temores de reajo,  
en tremedales profundos  
cuña de bermellón el tacón rojo.

Mientras mira de soslayo  
sus ojos de niño en la cuna  
con influencia maleficas de rayo  
de luna.

El espeso carmín de los labios  
tapió un ansia de comulgar  
avivó en ellos los resabios  
de besar y de suspirar.

De su espíritu la penuria  
resplandece y se aladiniza  
cuando sus lágrimas irisa  
recóndito ardor de lujuria  
bajo un antifaz de sonrisa.

Solo ella «filaba» esa nota  
que como suspiro brota,  
tiembla en ansia entrecortada  
y en un sollozo por fin rota  
se astilla en una carcajada.

La llama de la hoguera de Thais  
crepita una canción de París,  
con fuego sobre el caos rubrica  
la cadera de cierta chica,  
suspira un hipo de pasión  
y, boca llena de pavesas  
y de sangre del corazón.

tú, mi propia vida, bostezas  
como un horno de cremación.

El entusiasmo de José Juan Tablada por la obra de Ramón López Velarde (1888-1921) era justo. El autor de *La sangre devota* y de *Zozobra* es el poeta más original que ha tenido México en los tiempos modernos. Provinciano de origen y de corazón (Zacatecas), tiene toda la suavidad y el sentimentalismo de las ciudades pequeñas y humildes. No desdeñó López Velarde este don inicial de su vida sino que lo cultivó hasta la amargura y fué a través de su propia alma hasta el hondón del alma mexicana. A pesar del retorcimiento de su retórica; de sus imágenes audaces y violentas; de sus salidas de tono; de sus inauditos caprichos de concepción y de expresión, la claridad de su lirismo es claridad latina. Huyó del lugar común con mortal pavor y para ello usó a veces métodos de escandaloso prosaísmo que deben de haber turbado profundamente a los modernistas y a los académicos y exaltó el alma de su provincia hasta hacerla universal. Verdad es que en uno de sus últimos poemas *Suave patria*, populariza su manera en un noble esfuerzo de divulgación estética, en una dilatación nacionalista que le honra, pero que violentaba un tanto sus límites de creador con límites geográficos. López Velarde dió la clave de muchas reformas poéticas, pero no hizo escuela: la mayor parte

de sus imitadores se han perdido en el mar de sus metáforas y desorientados han echado a correr en busca de imágenes meramente literarias, que él despreciaba en alto grado. Su poesía es vital, ingenua a fuerza de sinceridad, atrevida en la humildad de su actitud, con toda la audacia de la sencillez y la verdad. Usó el adjetivo en forma magistral, en nuevas connotaciones que parecen caprichosas, con una intrepidez heroica, que deslumbró a sus contemporáneos. Estilizado hasta la angustia su verso se tuerce, crepita, es relámpago lírico. El habla de

la ignorancia de la nieve  
y la sabiduría del jacinto...

del

relámpago verde de los loros...

del

incendio sinfónico de la esfera celeste

de

las golondrinas nuevas, renovando  
con sus noveles picos alfareros  
los nidos tempraneros.

He aquí uno de sus poemas representativos:

TODO...

Sonámbula y picante,  
mi voz es la gemela  
de la canela.

Canela ultramontana  
e islamita;  
por ella mi experiencia  
sigue de señorita

Criado con ella  
mi alma tomó la forma  
de su botella.

Si digo carne o espíritu,  
páreceme que el diablo  
se ríe del vocablo;  
mas nunca vaciló  
mi fe si dije «yo».

Yo, varón integral,  
nutrido en el panal  
de Mahoma  
y en el que cuida Roma  
en la Mesa Central.

Uno es mi fruto:  
vivir en el cogollo  
de cada minuto.

Que el milagro se haga,  
dejándome aureola  
y trayéndome llaga.

No porto insignias  
de masón,  
ni de Caballero  
de Colón.

A pesar del moralista  
que la asedia  
y sobre la comedia  
que la traiciona,  
es santa mi persona,  
santa en el fuego lento  
con que dora el altar  
y en el remordimiento  
del día que se me fué  
sin officiar.

En mis andanzas callejeras  
del jeroglífico nocturno,  
cuando cada muchacha  
entorna sus maderas,  
me deja atribulado  
su enigma de no ser  
ni carne ni pescado.

Aunque toca al poeta  
roerse los codos,  
vivo la formidable  
vida de todas y de todos;  
en mí late un pontífice  
que todo lo posee  
y todo lo bendice;  
la dolorosa Naturaleza  
sus tres reinos ampara  
debajo de mi tiara;  
y mi papal instinto  
se conmueve  
con la ignorancia de la nieve  
y la sabiduría del jacinto.

Jenaro Estrada (1888) posee una amplia cultura y un depurado gusto artístico. Sus dos libros *Crucero* y *Escalera* le dan un lugar prominente entre los poetas de vanguardia de su patria. Carece de la originalidad de López Velarde, pero pocos poetas le aventajan en elegancia y sencillez. En un ensayo que escribí sobre Estrada a raíz de la publicación de *Crucero*, traté de definirle con estas palabras: «A pesar de todas las novedades y los juegos de colores no puede negarnos que es un admirador de nuestra fresca poesía popular y que más de una vez ha be-

bido en las aguas cristalinas de nuestro Romancero». A continuación su poema

## BRISA

Naranja de la mañana  
abre sus brazos la aurora.  
Los pájaros picotean  
los luceros retardados.

Mi gajo, aurora, mi gajo,  
que he de despertar ahora.

La blusa del marinero  
me echa encima la mañana.  
El viento que hincha la blusa  
me va empujando a la playa.  
Ya sopla la brisa, sopla  
para ayudarme la carga.

De las sombras de mis sueños  
migajas siguen los pájaros.

La playa peina las olas  
con peine frío de viento.  
Ondulaciones de plata  
se arregla el agua en el pelo.  
El agua se está poniendo  
de verde frente al espejo.

Los angelitos del aire  
agitan sus banderines.

Se está lavando la cara  
la visita de la aurora.  
¡Qué juego de finas blondas  
teje la espuma en el agua!  
Las nubes están bajando  
para servir la toalla  
y ya la aurora se ha puesto  
cintas de sol en la bata.

Se va acercando a la costa  
la espiral de las gaviotas.

Para delicia del baño  
el sol calienta las aguas.  
Los pájaros bajan, suben  
las olas en sube y baja.  
Sube el sol el horizonte,  
el rebalaje rebaja  
y la naranja en la mano  
la aurora vuelve a su casa.

Se disputan las cortezas  
los pájaros en la playa.

Alfonso Reyes (1889) es uno de los cerebros mejor dotados de América. En el terreno de la crítica literaria no le aventaja nadie; su cultura clásica y moderna es ejemplar y con dificultad encontraríamos no ya en nuestro continente sino en Europa su parangón. De lirismo fácil y espontáneo por temperamento sus estudios gongoristas le han dado una técnica especial; apretado vaciarse de emociones, alusiones fugaces, ecos lejanos y borrosos de añejos cancioneros. En *Huellas* y *Pausa* están sus mejores canciones.

### LA AMENAZA DE LA FLOR

Flor de las adormideras:  
engáñame y no me quieras.

¡Cuánto el aroma exageras,  
cuanto extremas tu arrebol,  
flor que te pintas ojeras  
y exhalas el alma al sol!

Flor de las adormideras.

Una se te parecía  
en el rubor con que engañas,  
y también porque tenía  
como tú, negras pestañas.

Flor de las adormideras.

Una se te parecía  
(Y tiemblo sólo de ver  
tu mano puesta en la mía:  
¡Tiemblo!, no amanezca un día  
en que te vuelvas mujer!)

En mis frecuentes visitas a México he tenido ocasión de tratar muy de cerca a la mayor parte de los poetas jóvenes, admirables espíritus cuya curiosidad intelectual les lleva en lírico peregrinaje por todas las literaturas, antiguas y modernas. Seguros de su camino, vacilantes o desorientados, les he visto en la maravillosa actitud de los estrelleros de antaño. El continuo pleamar político de su patria no les asusta, antes por el contrario, parece que salen renovados en cada tumbo. Terminado el afán de los ateneos andan casi siempre dispersos. De vez en cuando se agrupan bajo el acogedor asilo de la Revista (*México Moderno*, *Ulises*, *Contemporáneos*, *Barandal*) para salir



otra vez solos, en pos del maestro favorito, de la literatura predilecta. Todas las tendencias novísimas tienen su eco en esa urbe, todos los *ismos* sus neófitos. Al estridentismo barroco de Manuel Maples Arce se opone el noble afán nacionalista de Bernardo Ortiz de Montellano; el americanismo un tanto forzado de Carlos Pellicer la rebeldía sociológicamente limitada de Gutiérrez Cruz; a la seriedad erudita de Jaime Torres Bodet la ingenuidad de José Gorostiza. La fe que tengo en el futuro vence la inquietud que me asalta al hablar de estos poetas jóvenes. Ante la imposibilidad de una definición hay que contentarse con fijar una actitud transitoria, un rasgo temporal, un minuto estético de esta generación.

Jaime Torres Bodet tiene ya el prestigio de un joven maestro. En mi prólogo a su libro *El corazón delirante*, publicado en 1922, le auguré su buena estrella. Desde entonces hasta su último libro *Destierro*, toda su obra ha sido un constante esfuerzo de superación. Domina con toda maestría la técnica del verso, medita largamente sus motivos y se expresa con elegancia y sinceridad.

Acaso en sus últimos versos haya reminiscencias de Juan Ramón Jiménez, de Jorge Guillén, de Federico García Lorca, de Rafael Alberti, pero ¿quién puede señalar en el laberinto poético de hoy influencias directas? De todos modos, poemas como este *Sueño de hospital* que va a continuación, lleno de adivinaciones y metafísicos tanteos, bien vale, por lo logrado del intento, una dimisión voluntaria de esa originalidad que a veces tenemos en exagerada estima:

Yo tenía que llegar.  
¿Adónde?...  
No lo recuerdo.

Quemaba rieles de luz,  
cortando luna, el trineo.  
La lluvia oxidaba el sol  
en el grito de los perros...  
Ochos de látigo oí  
multiplicándome el viento.

Yo tenía que llegar.  
¿A dónde?...  
No lo comprendo.

Del otro lado del mundo  
me estaba llamando un pueblo  
brusco, metálico, sordo,  
erizado de teléfonos.

El hambre me perseguía  
por los vitrales del sueño,  
dibujando—entre racimos  
de bodegones flamencos—  
frías peras de metal,  
manzanas de raso terso,  
granadas acribilladas  
de perdigones sangrientos,  
pescados con armaduras,  
pavos de toisón al pecho  
y cervatillos con bosques  
de azoro en los ojos tiernos...

La Virgen de los Termómetros  
dijo de pronto:  
Está ciego.

Y mi sangre se elevó  
por mil columnas de acero  
hasta llegar a la aduana  
—¿de dónde?—¿de qué país?...

No puedo ya. No lo encuentro.

En balastradas de fiebres,  
de codos, el firmamento.

Abajo brillaba el mar  
niquelado del espejo,  
y en su lámina de azogue  
un ángel, todo de blanco,  
estaba tomando el pulso  
de un cronómetro de hielo.  
La Virgen contó hasta cien.  
Dijeron no los silencios.

En un patio de hospital  
quedaba un paisaje muerto.

Vinieron horas de vidrio.  
Pasaron horas de fuego.  
Calores y fríos eran  
collares de un mismo cuello;  
cendales y gruesos paños  
vestidos de un solo cuerpo.

La hoja de la retama  
contaba el color del tiempo.  
Con plata, para el verano.  
Con oro, para el invierno.

Yo tenía que llegar.  
¿A dónde?...  
No lo recuerdo.

La poesía de Carlos Pellicer se caracteriza por su colorido rico, desbordante, tropical a ratos. Poeta objetivo por elección, juega con los objetos y se recrea en el movimiento de ellos. Pellicer es uno de los poetas más difíciles de situar en el plano de la moderna poesía mexicana, pues al lado de aciertos geniales tiene caídas lamentables. Dinámico y rebelde no se deja encasillar en una escuela ni siquiera en una tendencia; cierto motorismo verbal da a sus últimos ensayos líricos un mecánico sentido paradójal.

## ESTUDIO

Objetos colocados,  
cedidos ya, definitivamente.  
Unos pesan las manos y los brazos.  
Otros el cuerpo entero.  
Sois, ya, proporcionales, claros,  
porque sus ojos fueron un instante  
la actividad de vuestra sobria inercia.

Hoy os descubro—mar con islas músicas.  
Objetos colocados,  
cedidos ya, definitivamente...

Bernardo Ortiz de Montellano es un paisajista sutil que abre todos sus sentidos a la naturaleza; placer del tacto, de los oídos, de los ojos, del olfato, placer que no afebrea sino que afina los nervios. Aire de altiplanicie orea la belleza de sus concepciones. Quiere ser mexicano a toda costa, en lo más fino del concepto. A primera vista la poesía es para él un juego, pero en el fondo es una devoción. ¿un drama acaso? Con ingenuidad infantil nos explica el nombre de su libro *El trompo de siete colores*:

El trompo que gira músicas menores  
movido, sin tregua, por tenue cordón,  
el trompo de siete colores  
¿no es un corazón?

He aquí la clave de su poesía tan pura, tan noble, tan enraizada en tierra mexicana:

Versos sencillos, naturales, hondos.  
movidos, como el alma, por la vida,  
y como el fruto saludable a todos,  
sin consonantes, o con ellas nimias.

Versos de hoy, cargados de dulzura,  
la del clima de México,  
y, como sus montañas, alineados.  
¡Y sin literatura!



Iremos a Battery Place  
—aquí, tan cerca—  
a recibir saludos de pañuelo  
que nos dirigen los barcos de vela.

Y las sonrisas luminosas  
de las cinco de la tarde,  
oh, si darían,  
un brillo de luciérnaga a las calles.

Luego cuando el iris del faro  
ponga a tiro de piedra el horizonte,  
tendremos pesca  
de luces blancas, amarillas, rojas,  
para olvidarnos de Broadway.

Porque Jenny Lind era  
como el agua reída de burbujas  
en que los peces de colores juegan.

Salvador Novo dirigió con Villaurrutia la breve revista *Uli-  
ses*, nacida acaso a raíz de las lecturas de James Joyce. Conoce  
a fondo las literaturas inglesa, francesa y norteamericana mo-  
dernas y sus simpatías se inclinan hacia André Gide, Joyce,  
Lawrence, Dreiser, Sherwood Anderson y últimamente hacia  
los poetas negros de América, Countee Cullen, Langston Hughes,  
Paul Laurence Dunbar. Su libro *XX poemas* reveló plenamente  
al poeta satírico, escéptico, desorientado en nuestra civilización  
mecánica. El lirismo de Novo es fiel eco de su conversación,  
inquietante de malicia, epigramática, florecida de rojos aguijo-  
nes de sarcasmo. Ciertos sonetos inéditos de este poeta, que cir-  
culan entre sus amigos, sangrientos de ironía, le colocan entre  
los satíricos más grandes de lengua castellana. Su actitud ante  
la vida está expresada en esta estrofa:

Pero si tengo un hijo  
haré que nadie nunca le enseñe nada.  
Quiero que sea tan perezoso y feliz  
como a mi no me dejaron mis padres,  
ni a mis padres mis abuelos,  
ni a mis abuelos Dios.

Sus últimos versos, empero, son tenues y transparentes, nu-  
bes de verano desprendidas del horizonte de Góngora, o acaso de  
Sor Juana Inés de la Cruz. ¿Habría que agradecer a Abreu Gó-  
mez la resurrección de la obra de la monja mexicana? Ecos de  
su lírica abstracta, de reflejos fugaces, materia de ensueño y  
realidad, metáforas sutiles, hay en las últimas cosas de Alfonso  
Reyes, de Villaurrutia, de Jorge Cuesta y de Novo:

### BREVE ROMANCE DE AUSENCIA

Unico amor, ya tan mío  
que va sazonando el tiempo.  
¡Qué bien nos cabe la ausencia  
cuando nos estorba el cuerpo!

Mis manos te han olvidado  
pero mis ojos te vieron  
y cuando es amargo el mundo  
para mirarte los cierro.

No quiero encontrarte nunca  
que estás conmigo y no quiero  
que despedace tu vida  
lo que fabrica mi sueño.

Como un día me la diste  
viva tu imagen poseo,  
que a diario lavan mis ojos  
con lágrimas tu recuerdo.

Otro se fué, que no tú,  
amor que clama el silencio  
si mis brazos y tu boca  
con las palabras se fueron.

Otro es éste, que no yo,  
mudo, conforme y eterno,  
como este amor, ya tan mío  
que irá conmigo muriendo.

En Jorge Cuesta, el admirable sonetista mexicano, la influencia de Sor Juana es evidente. Estilo tropológico, metáfora liviana que tiende a la abstracción, énfasis del verbo sobre todo en las rimas, espejeo constante de la muerte en los minutos cotidianos, alegorías mínimas, fórmula lexicográfica especial, recurso constante a la transposición:

### SONETOS

Nada te apartará de mí, que paso,  
dicha frágil, tú misma pasajera.  
El rigor que te exige duradera  
más frágil es que tu substancia, acaso.

No da abundancia la abstinencia al vaso,  
ni divide la sed, como quisiera;  
hora que, para ser, otra hora espera,  
no existe más cuando agotó su paso.

De sí mismo el placer no se desprende;  
 si para conservarse se translada  
 al instante más hondo que provee.

de la sed que fué sólo se suspende.  
 Qué vana, entonces, la avidez pasada  
 a su muerte futura desposee.

Hora que fué, feliz, y aun incompleta,  
 nada tiene de mí más todavía,  
 sino los ojos que la ven vacía.  
 despojada de mí, de ella sujeta.

La vida hoy no se ve ni se interpreta;  
 ciega asiste a tener lo que veía.  
 No es, ya pasada, suyo lo que cría  
 y ya no goza más lo que sujeta.

Es el eterno gozo quien apura  
 al ocio vivo, a la pasión futura.  
 Sobreviviendo a su pasado abismo.

el amor se obscurece y se suprime,  
 y mira que la muerte se aproxime  
 a la vana insistencia de mí mismo.

Xavier Villaurrutia es un poeta completamente intelectualizado. Su actitud objetiva rehúsa elaborar emocionalmente sus temas poéticos y después de observar las cosas nos las devuelve como las encontró, agregándoles la intención filosófica del momento y un ligero barniz de ironía. Villaurrutia está muy bien en el poema sintético, metafórico, impresionista. He aquí una descripción del Alba:

Lenta y morada  
 pone ojeras en los cristales  
 y en la mirada.

Elegantes figuras envuelven a veces visiones cotidianas, justificando así la misión de la nueva poesía:

#### TRANVIAS

Casas que corren locas  
 de incendio, huyendo  
 de sí mismas,  
 entre los esqueletos de las otras  
 inmóviles, quemadas ya.



## SILBATOS

Lejanos, largos...  
—¿De qué trenes sonámbulos?—  
se persiguen como serpientes  
ondulando.

E. González Rojo ha roto la estructura y el ritmo del verso tradicional. Es un poeta lleno de sugerencias y de visiones reales, pero sus metáforas violentas y sus prosaísmos voluntarios quitan valor a su expresión. Manuel Maples Arce es el apóstol del estridentismo. Su poesía apresurada nos interesa como documento psicológico más que otra cosa; sus versos llenos de naptalina, telégrafos, electricidad, locomotoras, arsenales, manicomios, andenes, andamios, etc. nos desconciertan un poco, pero luego nos hace admirar su juventud tan llena de dinamismo. Gilberto Owen, Gutiérrez Hermosilla, Gutiérrez Cruz, Juan Manuel Ruiz Esparza, firmes promesas de futuras renovaciones. Han quedado al margen de este estudio Fernández Granados, María Enriqueta, Fernández Ledesma, González Guerrero, Antonio Caso, Luis Rosado Vega, Rafael Lozano—¿cuántos más?—no por descuido—que sería imperdonable—sino porque su obra no encaja en el concepto que yo tengo del desarrollo progresivo de la lírica en México.

En esta perspectiva—acaso incompleta—puede que los contornos estén acentuados enfáticamente. No he querido que la distancia haga borrosos los aspectos.—ARTURO TORRES R I O S E C O.

## LA UNIVERSIDAD Y LA CULTURA

1.—BREVE GLOSA HISTÓRICA.—Investigaciones recientes han establecido que la palabra «Universidad» (universitas: gremio, corporación) por sí sola, en el significado de una corporación de maestros y discípulos, reconocida por las autoridades civiles o religiosas o por ambas, es de fin del siglo XIV.

En época anterior estas «universitas magistrorum et scholarium» se referían al gremio formado por maestros y estudiantes, mucho de los cuales eran extranjeros, para la protección de sus miembros contra las relajaciones de los vecinos de la provincia y de otras molestias anejas, en tiempos medioevales, a la permanencia en tierra extranjera. La nominación, empero, que se daba anteriormente a estas comunidades era el de «studium», y las